



*Contemplando
tu rostro,
aprendemos a decir:*

*Hágase tu
Voluntad*

Materiales para la
JORNADA PRO ORANTIBUS
26 de mayo de 2024
Solemnidad de la Santísima Trinidad



© Editorial EDICE

Edificio «SEDES SAPIENTIAE»

C/ Manuel Uribe, 4

28033 Madrid

Tlf.: 91 171 73 99

edice@conferenciaepiscopal.es

ÍNDICE

Presentación	3
Testimonios	7
Papa Francisco	25
Oración	29

PRESENTACIÓN

Un año más, la celebración litúrgica de la solemnidad de la Santísima Trinidad nos ofrece la ocasión de recordar con gratitud en nuestra oración a aquellos que se han consagrado enteramente a vivir a la luz del misterio eterno. Ellos y ellas son «los que rezan». Así los reconocemos, con sencillez y profundidad, a través del apelativo con que damos nombre a la Jornada Pro Orantibus. Son «los que rezan» porque han hecho de la actitud orante —que es inherente a la fe, pero se modula de distintos modos según los carismas— regla y medida de todas las cosas: las internas y las externas, las personales y las comunes, las decisivas y las pasajeras, las del corazón y las del mundo. No hay más que atravesar los muros de un monasterio para caer en la cuenta de que allí la realidad se rige por esa otra ley, tan distinta a la que normalmente nos arrastra, que surge de las entrañas del Evangelio. Contemplar para asentir a la verdad y la bondad y la belleza del Dios que se revela a cada instante: he aquí la disposición orante que configura los tiempos, las formas, las relaciones, las mociones y la misión de quienes hacen memoria en el seno de la Iglesia del *unum necessarium* que el Señor pronunció como norma suprema de vida delante de sus padres, primero (cf. Lc 2,49), y de Marta y María, después (cf. Lc 10,42).

Precisamente María, la hermana de Betania, y María, la madre del Señor, constituyen iconos perennes para los consagrados contemplativos que, a través de los siglos, se arrodillan ante el Amigo para escucharlo (cf. Lc 10,39) y meditan todas las cosas del Hijo en su corazón (cf. Lc 2,19). Lo cual les conduce a estar cerca del Señor en toda circunstancia, incluso allí donde imperan las tinieblas del dolor y el sinsentido: en la tumba del hermano muerto o en la cruz del hijo agonizante. Tanto por su mirada, que les permite escrutar gozosamente el amor de Dios en la faz de Cristo, como por sus pies, que las sitúan a la vera de Cristo hacia el Calvario, ambas representan ejemplos eximios de la vocación contemplativa en la Iglesia. En ellas se cumple esa peregrinación interior por la que la visión humilde del Señor en todo tiempo y lugar termina traducándose en una senda esforzada de discipulado. En la historia de estas mujeres, que aparecen casi siempre discretamente, en un segundo plano, en silencio y totalmente volcadas hacia Cristo, conocemos la verdad profunda del seguimiento del Señor para todos, pues comprendemos que quien pone

sus ojos en Cristo con serenidad y sinceridad no puede dejar de mirar lo que él mira y de caminar por donde él camina. Una mirada y un camino cuyo horizonte último es el Padre, que sale siempre al encuentro de los hombres —tantas veces heridos y perdidos— para que entremos en su voluntad.

Esta vida escondida, en que se conjugan contemplación y obediencia, define la singularidad vocacional de «los que rezan». El lema escogido para la Jornada de este año 2024 lo recoge exactamente así: «Contemplando tu rostro, aprendemos a decir: “¡Hágase tu voluntad!”». Podríamos decirlo también desde la perspectiva inversa: «Haciendo tu voluntad aprendemos a contemplar tu rostro». Se trata de un movimiento con cadencia de ida y vuelta que, justamente porque apela a los dos polos de la experiencia (el receptivo y el activo, el don y la respuesta), hace crecer la fe hacia cotas cada vez más intensas de relación con Dios y oblación fraterna. Lo que el Señor espera de nosotros y del mundo nos interpela vivamente cuando contemplamos su santa faz, así como su imagen llagada y resucitada nos asalta en la realidad concreta cada vez que intentamos obrar según su voluntad. San Bernardo de Claraval, alma gigante en la vasta historia de la vocación monástica, describió muy bellamente esta dinámica cuando trató de referir por qué y cómo debe el monje crecer en la contemplación del Señor de grado en grado. Decía el santo:

Amadísimos hermanos, este es el primer grado de la contemplación: pensar constantemente qué es lo que quiere el Señor, qué es lo que le agrada, qué es lo que resulta aceptable en su presencia. [...] Ya que la vida está en la voluntad del Señor, indudablemente lo más provechoso y útil para nosotros será lo que está en conformidad con la voluntad del Señor. [...] Conforme vayamos avanzando en la vida espiritual, siguiendo los impulsos del Espíritu, que ahonda en lo más íntimo de Dios, pensemos en la dulzura del Señor, qué bueno es en sí mismo. Pidamos también, con el salmista, gozar de la dulzura del Señor, contemplando, no nuestro propio corazón, sino su templo [...]. En estos dos grados está todo el resumen de nuestra vida espiritual: [...] por el primero, nos fundaremos en el santo temor y en la verdadera humildad; por el segundo, nos abriremos a la esperanza y al amor (san Bernardo, *Sermón 5 sobre diversas materias* 4-5).

Al mirarnos en el rostro de Cristo, como la vida contemplativa hace y nos invita a hacer, dejamos por un momento de considerar nuestro propio interés para acoger el querer del Padre. Y el querer del Padre no es sino que el hombre viva conforme a la gloria del rostro de su Hijo.

Hermosa circularidad que explica el engranaje profundo de nuestra fe devolviéndonos una y otra vez a la senda del Señor, aquel que fue capaz de cantar las grandezas eternas de Dios Padre (cf. Lc 10,21) al tiempo que derramaba su sangre en los vericuetos más oscuros de la historia para hacer su voluntad (cf. Lc 22,42). Cuando el Espíritu, que vibra en el Hijo, ilumina nuestros ojos también moviliza nuestros pasos, porque en el fondo todos queremos estar allí donde quiere que estemos quien nos quiere. Así lo recordó el papa Francisco en 2016 en el número 11 de la constitución apostólica *Vultum Dei quaerere* sobre la vida contemplativa femenina:

Contemplar, pues, es tener en Cristo Jesús, que tiene el rostro dirigido constantemente hacia el Padre (cf. Jn 1,18), una mirada transfigurada por la acción del Espíritu, mirada en la que florece el asombro por Dios y por sus maravillas; es tener una mente limpia en la que resuenan las vibraciones del Verbo y la voz del Espíritu como soplo de brisa suave (cf. 1 Re 19,12). No es por azar que la contemplación nace de la fe, la cual es puerta y fruto de la contemplación: solo por el «heme aquí» confiado (cf. Lc 2,38) es posible entrar en el misterio.

Entremos, pues, en el misterio a través de la contemplación obediente o de la obediencia contemplativa. Y hagámoslo de la mano de «los que rezan», tantos hombres y mujeres que, a lo largo de los siglos y a lo ancho del mundo, han entregado su vida a esta vocación orante de entrega radical. En su existencia transfigurada a la luz del Resucitado hallamos —hoy y siempre— un motivo esperanzado de acción de gracias y un vivo agujijón que nos espolea hacia una obediencia cada vez mayor en la propia vivencia de la fe.

Comisión Episcopal para la Vida Consagrada

TESTIMONIOS

Contemplando tu rostro, aprendemos a decir: «¡Hágase tu voluntad!»

«Nos pides una sola cosa: *quedarnos* contigo y *velar*. No nos pides lo imposible, sino que permanezcamos cerca de ti», escribía el papa Francisco en sus meditaciones para el viacrucis de este año 2024 celebrado el pasado Viernes Santo en Roma. Dios no nos pide imposibles, todo lo que nos plantea son retos a nivel humano pero que precisan de nuestra decisión, de nuestra aquiescencia y sobre todo de su gracia.

Nuestra sociedad vive en gran parte alejada de Dios, a espaldas de Dios; no tanto por animadversión sino mucho más por no conocimiento, por indiferencia. Si no conocemos a Dios difícilmente escucharemos o reconoceremos su voz y más difícilmente seguiremos su llamada. En este tiempo pascual la palabra «misión» y el concepto evangelización son dos términos que centran la labor de aquella primera comunidad cristiana, la de los apóstoles.

Solemos decir que nuestros tiempos son difíciles, complicados y que la tarea de hacer presente al Señor en medio de nuestra sociedad es tarea ardua. Sin duda, pero ¿cuándo ha sido fácil? ¿Lo era para los apóstoles? Una simple mirada a las lecturas evangélicas de estas últimas semanas durante el tiempo de Cuaresma y Pascua nos muestra miedos, persecuciones, traiciones, negativas. Sin embargo, la comunidad apostólica venció estas dificultades haciendo experiencia del Resucitado y abriéndose a la acción del Espíritu Santo.

En palabras de san Juan Pablo II:

Durante su vida terrena, Jesús llamó a quienes él quiso, para tenerlos junto a sí y para enseñarles a vivir según su ejemplo, para el Padre y para la misión que el Padre le había encomendado (cf. Mc 3,13-15). Inauguraba de este modo una nueva familia de la cual habrían de formar parte a través de los siglos todos aquellos que estuvieran dispuestos a «cumplir la voluntad de Dios» (cf. Mc 3,32-35). Después de la ascensión, gracias al don del Espíritu, se constituyó en torno a los apóstoles una comunidad fraterna, unida en la alabanza a Dios y en una concreta experiencia de comunión (cf. Hch 2,42-47; 4,32-35). La vida de esta comunidad y, sobre todo, la experiencia de la plena

participación en el misterio de Cristo vivida por los Doce han sido el modelo en el que la Iglesia se ha inspirado siempre que ha querido revivir el fervor de los orígenes y reanudar su camino en la historia con un renovado vigor evangélico (*Vita consecrata*, 41).

Nuestra primera responsabilidad es pues hacer presente a Dios en nuestro mundo a imitación de la comunidad apostólica. Esto implica que, en primer lugar, no debemos avergonzarnos del Evangelio y en segundo lugar debemos vivir nuestra vida de fe con sinceridad, con esperanza y con caridad. Estos son los retos que debemos afrontar hoy y no conformarnos con vivir una fe de mínimos, sino siempre una fe de máximos, porque ¿acaso Cristo no amó hasta el extremo? ¿No nos ama también hoy hasta el extremo? Este amor debe ser correspondido y expandido; correspondiéndole amando a Dios sobre todas las cosas, no en vano dice así el primero de los mandamientos del Decálogo; y expandiéndolo amando a nuestro prójimo, que no es un alguien impersonal, sino que tiene rostros concretos en aquellos con los que nos cruzamos cada día y en los que frecuentemente no reparamos o no miramos a la cara, no cruzamos con ellos la mirada, especialmente si se trata de los que más necesidad tienen de ser mirados porque necesitan nuestra ayuda material y espiritual. Y a veces son hermanos y hermanas nuestras de comunidad.

Cada comunidad cristiana ha sido convocada y unida por el Señor, no existe vida cristiana sin este lazo con Cristo; vivimos para él y por él, sin él nada tiene sentido. Todo esto se vive de una manera especialmente intensa en una comunidad religiosa y de manera más especial en una comunidad contemplativa. Contemplar a Dios es hablar con Dios de una manera directa e intensa y a la vez activa en tanto que Dios nos pide algo, responder a su Palabra, así debemos siempre sentirnos interpelados por él, responder a su llamada.

Escribo estas reflexiones desde la Cartuja de Miraflores en Burgos, durante la octava de pascua, preparándome para mi ordenación episcopal, tras dos décadas de vida monástica. Una comunidad cartujana es quizás el paradigma de la vida contemplativa, sin actividad Pastoral, sin interlocución con los fieles, que no comparten su liturgia salvo en contadas excepciones personales, sin predicación a lo largo del año en la eucaristía. Sin embargo, aquí en este clima de oración, de soledad, de silencio, se siente la presencia de Dios más que en cualquier otra parte, si ello es posible. Cualquier monja o monje vive de esta presencia, cada uno a

su manera, según su carisma, ya que no hay ciertamente una gradación en la vida contemplativa, se trata de acentos. Unas comunidades acentúan la vida comunitaria, otras la vida de soledad; unas la oración comunitaria, otras la personal; pero en todas ellas el centro es Cristo, quien llama es Cristo, a quien se busca es a Cristo. Escribía san Juan Pablo II:

Cada carisma tiene, en su origen, una triple orientación: hacia el Padre, sobre todo en el deseo de buscar filialmente su voluntad mediante un proceso de conversión continua, en el que la obediencia es fuente de verdadera libertad, la castidad manifiesta la tensión de un corazón insatisfecho de cualquier amor finito, la pobreza alimenta el hambre y la sed de justicia que Dios prometió saciar (cf. Mt 5,6) (*Vita consecrata*, 36).

En nuestra sociedad a menudo nos buscamos a nosotros mismos, o mejor dicho buscamos nuestra autocomplacencia. Lo sabemos bien quienes vivimos o hemos vivido en un monasterio, a lo largo de los últimos años, sabemos de la dificultad de discernir de quien se acerca a una comunidad como candidato, la extrema dificultad de dejarse llevar por la voluntad de Dios cuando estamos acostumbrados, incluso hemos sido educados, para anteponer nuestra voluntad a cualquier otra. Confundimos a menudo renuncia con imposición y así una relación de amor como es la vocación no puede ir adelante. No dejamos espacio a Dios, no nos confiamos a su voluntad y frecuentemente intentamos decirle a Dios lo que debe hacer, lo que nos debe decir; confundiendo o intentando confundir su voz con la nuestra, intentando ahogar su voz con nuestra voz.

Nuevas y viejas comunidades, órdenes o institutos, con antigüedad de siglos unos y de unos pocos años otros, cumplen una misión en la Iglesia y para la Iglesia. Se lee en el documento *Caminar desde Cristo: un renovado compromiso de la vida consagrada en el tercer milenio*:

Toda la vida de consagración solo puede ser comprendida desde este punto de partida: los consejos evangélicos tienen sentido en cuanto ayudan a cuidar y favorecer el amor por el Señor en plena docilidad a su voluntad; la vida fraterna está motivada por aquel que reúne junto a sí y tiene como fin gozar de su constante presencia; la misión es su mandato y lleva a la búsqueda de su rostro en el rostro de aquellos a los que se envía para compartir con ellos la experiencia de Cristo.

Evangelio, amor, docilidad, voluntad, fraternidad, búsqueda y experiencia; no son conceptos teóricos, son y deben ser realidades tangibles, prácticas, vividas día a día en el ámbito de una comunidad.

¿Dificultades? Muchas. Invencibles humanamente, vencibles solo con la ayuda del Señor. Y esta ayuda solo puede recibirse contemplando su rostro, solo se aprende a decir «sí» conociéndolo y aprendiendo a amarlo, aprendiendo a no anteponer nunca nada a Cristo, como nos dice san Benito en su Regla, norma rectísima para gran parte de la vida monástica. ¿Cómo conocerlo? ¿Cómo contemplar su rostro? Existe un camino privilegiado, al alcance de todos, este no es otro que la contemplación. Una contemplación orante que tiene diversas dimensiones: personal, comunitaria y la *lectio divina*. Dios nos habla cuando le hablamos, cuando lo alabamos, cuando le suplicamos, cuando callamos para escucharlo; lo hace de manera privilegiada a través de su Palabra, una Palabra que se nos presenta nueva cada día, nueva ante nuestros oídos, porque cada día nos dice el Señor algo nuevo, un mismo pasaje de la Escritura contiene en cada nueva lectura algo de novedad si sabemos escucharla, si nuestros oídos son capaces de cerrarse al ruido del mundo y abrirse a la voz de Dios, para así poder escuchar el verdadero clamor de nuestros prójimos con mayor nitidez y claridad. Nos dice el Concilio Vaticano II:

Manejen cotidianamente la Sagrada Escritura para adquirir en la lectura y meditación de las divinas letras «el sublime conocimiento de Cristo Jesús». Fieles a la mente de la Iglesia, celebren la sagrada liturgia y, principalmente, el sacrosanto misterio de la eucaristía no solo con los labios, sino también con el corazón, y sacien su vida espiritual en esta fuente inagotable. (*Perfectae caritatis*, 6).

La eucaristía siempre como «fuente y cumbre de toda la vida cristiana» (*Lumen gentium*, 11).

Nuestro mundo muchas veces más que hablar grita; una tendencia social a la que se ha denominado «crispación». Se trata de una lucha sin tregua por imponer nuestra voz sobre la de los demás, donde muy a menudo no se dialoga, solo se discurre sin importar para nada las opiniones del otro, y esta dinámica, tristemente, llega a la Iglesia y a veces también nosotros caemos en la descalificación, cuando no en el insulto. Caemos en este vicio social porque ante todo queremos imponer nuestra voluntad, aunque a menudo digamos que lo que deseamos destacar y resaltar sea la voluntad de la Iglesia e incluso insistamos en que se trata de la voluntad de Dios. En palabras del papa Benedicto XVI:

Esta doble comunión, con Dios y entre nosotros, es inseparable. Donde se destruye la comunión con Dios, que es comunión con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo, se destruye también la raíz y el manantial de la comu-

nión entre nosotros. Y donde no se vive la comunión entre nosotros, tampoco es viva y verdadera la comunión con el Dios Trinitario (Audiencia general, 29 de marzo de 2006).

Nuestra Iglesia, siguiendo el camino iniciado por san Juan XXIII y san Pablo VI a través del Concilio Vaticano II, un camino continuado por san Juan Pablo II, Benedicto XVI y hoy por el papa Francisco, habla de sinodalidad, de resaltar aquello que nos une e integrar las diversas sensibilidades compartiendo una misma fe, la fe de los apóstoles que por la tradición nos ha llegado. No se trata de imponerse unos sobre otros, porque no debería haber unos y otros, sino un único nosotros con Jesucristo y su Iglesia. Nuestras comunidades saben de sinodalidad, de decidir los asuntos importantes entre todos, de no hacer nada sin consejo; es esta una gran riqueza de la Iglesia y una aportación necesaria quizás hoy más que nunca en nuestra Iglesia que desea ser sinodal. Debería existir una única voluntad que rigiese nuestras vidas, la de Dios. Escribía san Juan Pablo II:

La comunión en la Iglesia no es pues uniformidad, sino don del Espíritu que pasa también a través de la variedad de los carismas y de los estados de vida. Estos serán tanto más útiles a la Iglesia y a su misión, cuanto mayor sea el respeto de su identidad. En efecto, todo don del Espíritu es concedido con objeto de que fructifique para el Señor en el crecimiento de la fraternidad y de la misión (*Vita consecrata*, 4).

Cumplir la voluntad del Padre, he aquí la gran misión de Cristo, cumplirla hasta el extremo de dar la vida por nosotros. Cristo no nos pide habitualmente tanto, solo nos pide salir de nosotros mismos de nuestro ensimismamiento para ver, más allá de nuestros particularismos, su voluntad. No es fácil vivir en comunidad y a la vez es más fácil buscar a Dios entre otros que también lo buscan que buscarlo solos. Vivir en comunidad, cuanto más si esta comunidad es una comunidad de vida contemplativa donde gran parte de la jornada o quizás toda transcurre en comunidad, requiere alejarnos de nuestra voluntad y buscar en todo momento la voluntad de Dios. No se trata en absoluto de renunciar a nuestra propia personalidad, Dios nos quiere como somos y nos ha llamado como somos, pero vivir por Cristo y con Cristo junto a otros que buscan vivir de la misma manera requiere una centralidad en Cristo y no una autorreferencialidad constante en nuestro propio yo, tan frecuente en nuestros días. El Concilio Vaticano II lo resume diciendo que los llamados a vivir en comunidad: «Ofrecen a Dios, como sacrificio de sí mismos, la consagración completa de su propia voluntad, y mediante ella se

unen de manera más constante y segura a la divina voluntad salvífica» (*Perfectae caritatis*, 14).

Renunciar a la propia voluntad para buscar siempre hacer la voluntad de Dios significa sobre todo disponibilidad; no se trata de imposiciones, se trata de renunciaciones en aras de un amor mayor, el que debemos al Señor. Visto con los ojos del mundo actual determinadas situaciones pueden aparecer como abusos de poder por parte de los superiores o de la misma orden o instituto. Puede parecer que afectan a derechos fundamentales como los de libre circulación o de libre comunicación. Se trata de renunciaciones siempre fundadas en la dignidad del ser humano, creado por Dios a su imagen y semejanza, y no hay mayor dignidad que esta a la par que la de haber sido elevados a la categoría de hijos del Padre en unión de su Hijo Jesucristo y por y con Jesucristo. Una renunciación siempre inteligente. Escribe dom Dismas de Lassus, prior de la Gran Cartuja:

No es sino a Dios a quien debemos una obediencia total e incondicional, tanto de nuestra voluntad como de que nuestra inteligencia, porque es la bondad y la verdad absoluta. [...] Por el voto de obediencia, prometemos la sumisión de nuestra voluntad, no la de nuestra inteligencia. [...] La sumisión de la voluntad no puede ser perfecta sin la colaboración de la inteligencia (*Risques et dérives de la vie religieuse*).

La disponibilidad no acaba con los votos solemnes, mejor aún, con estos se inicia su desarrollo en plenitud. Nadie se incorpora a una comunidad para realizar esta u otra tarea, tener este u otro oficio o responsabilidad; se incorpora con plena disponibilidad a la voluntad del Señor y es este un camino que no acaba con la emisión de los votos temporales o perpetuos, sino que es una tarea para toda una vida. Siempre se trata de una disponibilidad libre, inteligente, razonada y por amor. ¿Cuántas veces al entrar en un monasterio, en un convento, en una comunidad religiosa, creemos haber alcanzado una estabilidad para toda la vida?, y ¿cuántas veces esta idea no se derrumba al contacto con la realidad?

Dom Dismas de Lassus afirma:

La obediencia de ninguna manera permite al superior dictar al religioso lo que este debe pensar. Nuestra inteligencia debe someterse a Cristo, a través de la Iglesia, y esta sumisión a la Iglesia podrá ser enseñada por el superior, pero él no puede ir más allá. No es él quien tiene autoridad en asuntos de fe o moral, ya que él mismo está sujeto a esta obediencia a la Iglesia, al igual que todos sus monjes. Y dado que solo puede mandar de acuerdo con las constitu-

ciones, está claro que no puede hacerlo en cuestiones de política, de filosofía u otras. Por supuesto, debe garantizar la formación de sus monjes, pero esto no exige obediencia: la inteligencia debe ser convencida, no puede ser constreñida (*Risques et dérives de la vie religieuse*).

Obediencia a Dios y a la Iglesia, renuncia voluntaria, inteligente y libre a nuestra propia voluntad para intentar cumplir la voluntad de Dios. Dios nos quiere libres y libremente dispuestos a seguirlo y a cumplir su voluntad. Y a veces esta su voluntad nos cuesta interpretarla, reconocerla. En palabras del monje cisterciense y obispo Erik Varden, contemplándolo sabremos:

En primer lugar, que Dios es un Dios vivo, presente y activo y por ello nosotros debemos vivir en un estado de alerta contemplativa y expectante; en segundo lugar, porque lo que Dios dice excede nuestra capacidad individual y requiere nuestra humildad ante la verdad; y en tercer lugar, porque la Palabra de Dios está dirigida a todos nosotros juntos y nos necesitamos unos a otros para recibirla, comprenderla rectamente y seguirla fielmente (*La explosión de la soledad. Sobre la memoria cristiana*).

Hay un camino para conocerlo, un único camino, contemplarlo. Contemplando su rostro aprendemos a conocerlo, conociéndolo aprendemos a reconocer su voz, reconociendo su voz podemos saber cuál es su voluntad, sabiendo cuál es su voluntad aprendemos a seguirla, siguiéndola aprendemos a amarlo y amándolo aprendemos a decir: «¡Hágase tu voluntad!».

FRA OCTAVI VILÀ MAYO
Monje cisterciense
Obispo de Girona

¡Contemplando tu rostro!

Tu rostro busco, Señor, no me escondas tu rostro
(Sal 26, 8-9)

Este versículo del salmo nos hace presentir el profundo deseo de Dios que a tantas almas inspira. El rostro de Cristo se presenta al alma contemplativa como una condición de posibilidad, para captar al ser infinito en los límites finitos de un rostro humano: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14,9)¹.

La contemplación del divino rostro es un cruce de miradas, por el que el Infinito contempla y penetra con su mirar continuo (nunca desvía la mirada ni cierra los ojos) al ser finito que no puede esconderse; y por el que el ser finito puede acceder al seno del infinito, a fin de que el alma quede inundada de la divina luz, pues: «El ojo es lámpara del cuerpo. Por tanto, si tu visión es clara todo tu ser disfrutará de la luz» (Mt 6,22).

Si la pedagogía divina impedía en el Antiguo Testamento ver el rostro de Dios: «No puedes ver mi rostro; porque nadie puede verme y vivir» (Ex 33,20), desde la encarnación del Verbo en el seno de María, el alma experimenta que Dios, a través de Jesucristo, se deja mirar. Así, en la mirada de Dios, el ser del hombre es mantenido, es decir, que la existencia del hombre se produce por el continuo mirar de Dios², pues como se ha dicho citando a Nicolas de Cusa³, la visión de Dios sobre hombre se identifica con el amor: «Señor tu ver es amar, y lo mismo que tu mirada se dirige a mí tan atentamente que nunca se separa de mí, del mismo modo también tu amor» (*De visione Dei*, 10)⁴.

¹ Seguimos de cerca en estas líneas en algunas consideraciones, las realizadas por L. BASUALTO PORRA, en «La contemplación del rostro místico en *De visione Dei* de Nicolás de Cusa»: *Teología y vida*, 54 (3), 461-486.

² L. BASUALTO PORRA, «La contemplación...», 463.

³ Nicolás de Cusa, nacido en Cusa en 1401 y fallecido en Todí en 1464, fue un canonista, cardenal presbítero, considerado uno de los primeros filósofos de la modernidad, al que se le atribuye la invención de las lentes cóncavas para el tratamiento de la miopía. Quiera Dios que su intercesión y su obra espiritual, nos sane de la miopía que nos impida acceder a la contemplación de su verdadero rostro.

⁴ Para la citación de Nicolás de Cusa nos servimos de las citadas en el excelente artículo de la profesora Lorena Basualto Porra, mencionado en la nota 1.

El Dios oculto, «es verdad, tú eres un Dios escondido» (Is 45,15), se deja ver, posibilitando así en el contemplativo la mirada, si este lo busca con sincero corazón, que le permita acceso a él:

Viéndome, tú que eres Dios escondido, me concedes que tú seas visto por mí. Nadie puede verte sino en cuanto tú le concedes que seas visto. Y verte no es otra cosa que tú ves al que te ve. En esta imagen tuya veo cuanto te has abajado, Señor, para mostrar tu rostro a todos los que te aman (*De visione Dei*, 13-14).

La vida contemplativa consiste en gran medida en un adentrarse en la oscuridad, para ver la luz. Se trata de una vida de adoración dedicada a estar en Dios, esto es a adentrarse en él, para morar en él y ser una sola cosa con él. Solo siendo una sola cosa con el Hijo a quien contemplamos, podremos acceder al Padre.

Esto solo puede venir por la vía de la gracia y por un continuo ejercicio de parte del alma humana —«Los que recordáis al Señor, no os concedáis descanso» (Is 62,6)— en fijar la mirada en Jesucristo, sumo pontífice entre el Padre y el hombre, para lo que resulta imprescindible la mediación de los hermanos, que concretizan el ejercicio de la caridad.

Ya sabe pues el contemplativo el fin y motivo de su vida: acceder por la mirada del alma al misterio de Dios y, hallada, allí permanecer hasta la visión beatífica en el cielo: «Encontré al amor de mi alma. Lo abracé y no lo solté, hasta meterlo en mi casa materna» (Cant 3,4).

Por ello, sabiendo cual es el fin de la vida contemplativa, para el alma que a este ejercicio se consagra, todo ha de transformarse en medio para alcanzar este fin. Por la contemplación de Cristo, al alma no solo se le permite ver a Dios, sino que se le permite ser una con él, esto es, ser en Dios, para tener acceso al Padre, a la comunión del misterio intratrinitario y así participar —siendo uno con Cristo— en el flujo de amor, a saber, las procesiones que, entre las tres personas divinas, se producen con inmensa ternura.

A esto puede accederse si el hombre y la mujer contemplativos ponen con seriedad y solidez todo cuanto acontezca en su vida a disposición de este fin. Los medios para acceder de modo seguro a este contacto inmediato con Dios son las virtudes teologales y los dones que de ahí se deriven. Por la fe, entramos en las verdades expuestas hasta ahora; por la caridad haremos nuestra esta vida; por la esperanza no fallará nuestra

seguridad en que, con la ayuda de la gracia, iremos accediendo a esta vida, cada vez más hasta la posesión de esta, ya de modo inmutable, en la vida del cielo.

Accediendo así cada vez más a la visión de Dios, el alma podrá, por la identificación con Cristo que se va produciendo, mirarse a sí misma en verdad. Mirando el rostro de Jesús, el hombre y la mujer contemplativos se podrán contemplar en el espejo de sus divinas pupilas descubriéndose a sí mismos, tal cuales son: pecadores que no merecen nada salvo la justa consecuencia de sus actos, pero que por amor, se están cristificando, haciéndose uno con quien es el objeto de su contemplación.

Ante esto, y desde esta perspectiva, todo lo que circunde la vida del contemplativo redundará en nuestro bien, y la vida del claustro se convertirá con todos sus elementos, vida común, rezo del divino oficio, vida sacramental, en aquel lugar desértico, que, tras el largo combate, está llamado a convertirse en el jardín perdido donde mana el agua fresca del paraíso.

María, modelo de contemplativa

María contempló el rostro de Dios, con los ojos de su cuerpo y con los ojos de su alma. No se le fue ahorrado el esfuerzo de adentrarse cada vez más en el misterio de quien la escogió *ab aeternum* como madre y como hija y como esposa.

Los contemplativos, guiados por la mano de la Santísima Virgen, encuentran en ella guía segura de quien recorrió como nadie el camino hasta aquí trazado. Ella es la maestra confiable que nos muestra el camino hacia la comprensión profunda del misterio de su Hijo. Su ejemplo nos inspira a seguir sus pasos y a no desfallecer en el ejercicio de la contemplación del rostro de su divino Hijo.

Con ella, los contemplativos puede decir, aun en la oscuridad de esta vida: «¡Hágase tu voluntad!», abandonándose a la voluntad de su Hijo sobre él, no conformándose con la mentalidad de este mundo, sino transformándose y renovándose interiormente y así adquiriendo el verdadero discernimiento, que los haga separar lo malo de lo bueno y quedarse con lo mejor.

Ella, a quien Dios Padre ha preparado para el Señor su Hijo, a fin de que tú y yo seamos preparados por ella para él, es la nueva Rebeca

(cf. Gen 24,15-18) que dará de beber al atleta sediento que, en el combate espiritual, se fatigue por llegar a ver el rostro de su divino Hijo.

A ella te confío, hermano o hermana que lees estas líneas, para que un día, liberados ya del combate de esta vida, alcancemos juntos por su intercesión el gozo de haber roto al fin el velo que aún nos separa de la divina visión de su Hijo, aquel de quien nuestra alma puede ya acaso dibujar los trazos de un rostro que de memoria se sabe, y por quien «el Espíritu y la esposa dicen: “¡Ven!”» (Ap 22,17).

SOR MARÍA TORRES ROS, OIC
*Monasterio de Concepcionistas Franciscanas
de Algezares (Murcia)*

Contemplando tu rostro

Al interiorizar el lema de este año del día Pro Orantibus, *Contemplando tu rostro, aprendemos a decir: «Hágase tu voluntad»*, la mente se retrotrae a la lectura de Números que leemos en la solemnidad de Santa María Madre de Dios: «*El Señor te bendiga y te guarde, el Señor te muestre su rostro radiante y tenga piedad de ti. El Señor te muestre su rostro y te conceda la paz*» (Num 6,24-26).

Todo un programa de vida para comenzar la primera hoja del calendario, pero realmente ¿nos creemos que el Señor nos bendice y nos guarda? En ocasiones sí, porque la vida nos sonrío y el reflejo del Sol ilumina nuestras oscuridades, pero qué difícil resulta descubrir la protección de Dios cuando las circunstancias se nos presentan adversas. En esos momentos tendemos a acusarnos de falta de fe, de falta de confianza y es cuanto más la poseemos, porque menos la sentimos, porque se escapa a nuestra percepción, como todo lo sutil y más genuino de Dios. Con razón dice San Agustín «*¿Crees saber qué es Dios? No es nada de lo que te imaginas, nada de lo que abraza tu pensamiento*»⁵.

Todos nos sentimos cómodos ante la mirada de un rostro amable, porque el rostro nos muestra la presencia, el reconocimiento; es el rasgo que

⁵ Agustín DE HIPONA, *Obras completas: Contra Adimantum*, 2.

distingue a la persona; es el mejor reflejo de sus expresiones y emociones y en él se localiza gran parte de nuestro modo de comunicarnos con los demás, pero ¿cómo imaginarnos el rostro de Dios? Nadie puede ver su rostro y seguir con vida (Ex 33,20), nosotros podemos vislumbrar su faz como en filigrana a través de sus diversas manifestaciones: como un rostro bondadoso, manso, paciente, veraz, simplísimo, bellissimo, trascendente, perfecto, inmutable y paciente, entre otros muchos atributos que también derivan del rostro de Dios; pero vamos a detenernos en el rostro de Padre creador amante de su obra, diseñada y soñada desde toda la eternidad.

Rostro de alfarero

Dios nos llama a la existencia gratuitamente y por puro amor, porque en su plan creador está el bien del hombre y su felicidad; él ha impreso en el sujeto un deseo profundo por unificar su ser creatural, en Dios. Si nos preguntamos por qué Dios crea al hombre, no encontramos más respuesta que el amor puro; porque como bien sabemos, a pesar de que Dios no necesitaba nada del hombre, que este no responde a ninguna carencia, no llena ningún vacío, ni satisface necesidad alguna; el hombre ha sido deseado, provocado por Dios de forma totalmente libre y sabemos que Dios encuentra en él su deleite. Santa Catalina nos dice muy sabiamente «¡Oh, dulcísima caridad! Parece como que enloquecéis por tus criaturas, como si no pudieras vivir sin ellas, siendo así que tú eres nuestro Dios [...], nuestro bien nada añade a tu grandeza, porque eres inmutable»⁶.

Entonces, ¿para qué ha sido creado el hombre? La teología siempre ha respondido que el único fin era la gloria de Dios. Hoy en día, entendemos que la mejor forma de dar gloria a Dios es ser lo que tenemos que ser, sin mayores pretensiones, recuperando la imagen primigenia, simplemente siguiendo el proyecto del Creador y dejando que Dios sea Dios en nuestra vida. ¿Cómo? Siendo felices, acogiendo el don. Dios comparte nuestro júbilo y goza dando a participar al hombre de su bondad divina, de su paciencia, de su belleza de su mansedumbre y veracidad, ya que Dios es glorificado cuando las criaturas participan de ella.

El ser humano es creado el día sexto de la semana, día en el que Dios santifica todo lo que *había hecho*, y, como culminación de todos esos ele-

⁶ Santa Catalina DE SIENA, *El diálogo*, cap. VI (25) (Senén Martín 1925) 74.

mentos, que además eran *buenos*, aparece el hombre, obra realizada con excelencia por Dios. Él lo llama a la vida, a que disfrute del señorío de todos los bienes de la tierra. «Y dijo Dios: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”» la expresión *imagen de Dios*⁷ incluye una relación recíproca, ya que no solo es el hombre el que de alguna manera se religa a Dios, sino que es el mismo Dios quien se autorremite al hombre. El sentido más profundo de ser imagen de Dios es la capacidad del alma para acoger la gracia. Así nos lo dice Tomás en la *Suma*: «*El hombre desde el inicio de su existir está dotado de gracia, Dios ofreció al hombre su amistad y la posibilidad de poder participar de la vida divina de su creador*»⁸. Y también en GS, leemos: «La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios»⁹. Ahora bien, es obvio que esa llamada iniciada por Dios que se convierte en alianza perpetua solicita una respuesta coherente al don recibido. Esta es la ley fundamental de la economía de la salvación, que solo alcanza su plena realización en el reconocimiento, acogida y respuesta al don, porque Dios respeta siempre nuestra libertad.

Rostro del Hombre Jesús

Solo a través del rostro humano de Jesús podemos ver a Dios, desde este puente que es Jesús:

Mira la grandeza de este puente, mi unigénito Hijo, que llega del cielo a la tierra. Mediante él se ha rehecho el camino interrumpido, a fin de que lleguéis a la vida y atraveséis la amargura del mundo. Partiendo de la tierra solamente, no se podía hacer este puente con la dimensión suficiente para pasar el río y daros la vida eterna¹⁰.

Así pues, toda esa belleza del paraíso que somos capaces de descubrir en el día a día nos la hace posible la persona de Jesús, que ha recuperado para nosotros a través de su muerte y resurrección la felicidad perdida. Él es nuestro puente y todo lo humano, antes de hacerse real en la tierra, preexiste de alguna manera en Dios.

Jesús, además, es el hombre a quien el amor lo ha ocupado por completo, el amor lo es todo en él de manera natural, sin la menor tensión

⁷ Gen 1,26.

⁸ STh I-II, 113,10C.

⁹ GS 19.

¹⁰ Santa Catalina DE SIENA, *El diálogo*, cap. III (22) (Senén Martín 1925) 66.

o violencia entre sus deseos y sus actos; el único que tiene la fuente y el impulso de su ser en sí mismo. Jesús lo conoce todo, ninguna realidad le es ajena, por ello, todo lo asume, como uno más; compartió nuestros sentimientos, nuestras necesidades fisiológicas, sintió hambre, tristeza, miedo, dolor, hasta llegar a experimentar angustia ante la muerte, pero la diferencia entre cualquiera de nosotros radica en que Jesús sublimó y transformó en redentor todo dolor humano. «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen»¹¹. En el misterio de Cristo Jesús, todo está ya iluminado, salvado, redimido, esa es la verdad que el ser humano debe acoger con esperanza y gratitud.

Cristo hace valioso nuestro mundo y nuestra historia. En él encontramos los valores que nos dignifican, como humanos. Se acerca a todas esas realidades caóticas deshumanizadoras, que nos hacen perder el control y nos llevan por caminos derrotistas y las transforma con su luz resucitada. Él, en medio de todo ello, sigue viendo la riqueza de la creación modelada para nuestro bien, para nuestra felicidad, ve en todo ello la mano providente del Padre; en definitiva, nos manifiesta en su persona la imagen del hombre perfecto en Dios.

«Jesús es imagen del rostro invisible de Dios»¹². «Imagen» no significa solo reflejo de algo que existía, es también el modelo del que se sirve el artista para realizar su obra; así Jesús se convierte en modelo con el que Dios se ha inspirado para crear al hombre; siendo así que toda la creación lleva la huella de Cristo, ahora resucitado. Existe una estrecha relación de religación o sana dependencia de la *imagen* con su obra. Un misterio de gratitud nos ha dado la vida y nos mantiene en la existencia; un misterio de elección que nos precede y acompaña. Nuestro desafío como creyentes que hemos experimentado la generosidad de Dios es ser hombres y mujeres audaces que anuncien con su vida que el reino de Dios está cerca; entonces, ¿qué puede decir el corazón humano que ha experimentado la gratitud del rostro de Dios? Experimenta la urgencia de poner en acto esa voluntad del Señor que es el sentido último de cada vida, el porqué de cada existencia, la explicación de la historia de cada ser hombre entre los hombres, en medio de una gran familia eclesial y humana que camina con luces y sombras por senderos de esperanza.

¹¹ Lc 23,34.

¹² Col 1,15.

¡Hágase tu voluntad!

El Espíritu se deja encontrar cuando hay deseo de sentido, de autotranscendencia. El hombre, puesto en el mundo, revestido de los dones del mismo Dios, buscará permanentemente el sentido de su vida, la proyección de esa dádiva en el hoy de su existencia; se siente llamado a reproducir la imagen de Jesús; es una impronta grabada en las entrañas, ha sido creado para llegar a ser otro Cristo en la tierra, es claro que lo divino es la verdadera dimensión de lo humano. Por ello, existe en el hombre un deseo innato de ir más allá, un cierto dinamismo que lo empuja hacia lo infinito, que le impide sentirse satisfecho de modo total, existe en el hombre pasión de divinidad, deseo incoado de acoger al Espíritu y dejarse atrapar por él. Es necesario potenciar ese deseo de vivir una serena espiritualidad, porque, en ese clamor interno, el sujeto consciente o inconscientemente grita a Dios: «¡Hágase tu voluntad! ¡Hágase en mí tu sueño creador! ¡Hágase en mí ese deseo sanador capaz de restañar heridas, frustraciones y decepciones!, porque tú conoces mejor que yo lo que anida en mi interior y estás dispuesto a colmarlo de bienes». El Señor siempre está presto a darnos lo mejor.

Nos dice Viktor Frankl:

El ser humano es un ser esencialmente espiritual y lo espiritual es un eje que lo atraviesa enteramente, tanto en el plano consciente como en el inconsciente. Al hombre no se le puede concebir como puro amasijo de instintos, ni como una fuente permanente de necesidades y carencias. Por tanto la esencia de su existencia humana radica en su autotranscendencia¹³.

Cuando el ser humano ahonda en esa búsqueda y se llega a las raíces, se desata una intensa vida espiritual, que con la experiencia se convierte en sabiduría que empapa todos los poros e inunda todas las áreas del ser. Es labor propiamente del Espíritu que impregna de su verdad sanadora nuestra vulnerabilidad, con el fin de unificarnos en sólida armonía interior.

Hablamos de una realidad de vital trascendencia porque afecta directamente al modo de sentir la propia existencia. Existe una íntima relación entre espiritualidad y sentido, ya que vivir con sentido, nos dice Francesc Torralba, es:

¹³ Viktor FRANKL, *El hombre en busca de sentido* (Herder, Barcelona 2001) 46.

Orientarse hacia el horizonte, pero gozando a la vez de la brisa que sopla aquí y ahora. Significa orientarse hacia el fin, pero experimentando con fruición la alegría del ahora en la propia piel, [...] significa velar para que la propia vida sea una obra de arte maravillosa. Cada cual es responsable de esta obra. No se puede imputar al otro el propio fracaso. No se puede responsabilizar a los demás del tedio de vivir¹⁴.

Ciertamente, la responsabilidad, en última instancia, siempre será de la propia persona.

El Espíritu nos llama a ser felices. La pregunta por el sentido es la primera expresión que nos indica cómo es la naturaleza humana y que su existencia está abierta a unos valores que dignifican su vida. Es este un anhelo que solo lo posee el hombre y lo orienta hacia algo que siempre considera superior a él mismo, que espera le aporte el sentido de plenitud; pero la persona solo es completamente feliz cuando abre su capacidad de donación y despliega sobre el Otro todas sus potencialidades, dejando a un lado su propio ser; paradójicamente es ahí donde realmente se encuentra.

Solo el encuentro con el amor le proporciona paz, el amor es capaz de ordenar nuestro mundo interior, a la vez que lo dinamiza, dándole nuevas alas para volar con mayor altura por los parajes de la vida. Aunque en permanente búsqueda, el hombre tenderá a ese amor gratuito que ansía el corazón y que solo Dios en su Espíritu puede colmar¹⁵. Allí encuentra el hombre su descanso, su sosiego, su equilibrio personal; cuanto más se aproxima el hombre a Jesús y a su mensaje liberador, más gana en estabilidad y madurez. También hemos de reconocer que el recorrido de nuestra vida, a pesar de la gracia y precisamente con ella, se vive en tensión con la tribulación, con aquellos tropiezos o sinsabores que lleva nuestro día a día, pero por la fe sabemos que cuanto ensombrece nuestro presente queda iluminado por las promesas de Dios¹⁶.

Santo Tomás decía: «El hombre se siente feliz con lo que considera bueno para él, lo que determina como don deseable»¹⁷. Lógicamente si el bien es lo que me conviene, el mal será lo que no me conviene y la moral será la búsqueda de dicho bien, sobre todo del *«bien perfecto que sacia el apetito»*, o sea la plenitud de lo que conviene. Así se comprenden mejor las diferencias de lo que considero bien en mí y no lo es para otras personas.

¹⁴ Francesc TORRALBA, *El sentido de la vida* (Ceac, Madrid 2011) 69.

¹⁵ Jn 16,13.

¹⁶ Rom 8,35-38.

¹⁷ STh I,16,1,3.

El hombre busca ser feliz, incluso cuando peca, porque él no quiere el pecado en sí mismo, solo que se confunde viendo bienes parciales donde está el mal, pero la persona se siente movida a lo malo no por sí misma, sino por un aspecto relativamente bueno para ella. Existe también la teoría de que en este mundo no es posible alcanzar del todo la felicidad, que dicho bien solo se logra en la otra vida, es cierto que nunca será plena en la tierra, pero para el cristiano, y más para el consagrado, siempre existe el don incombustible de la esperanza.

Esperanza sinodal

Dios con Cristo por el Espíritu nos ofrece una nueva esperanza sobrenatural. En Cristo realiza y cumple la promesa que se nos ha dado. El tiempo permanece a la espera de una consumación por la que gime la creación entera, esa creación que está sufriendo el descuido del hombre, en ella, también el ser humano es parte integrante. Mientras la Iglesia sigue en camino, Dios continúa siendo el Dios que promete, el mismo Dios que en el Antiguo Testamento guiaba al pueblo a la liberación. En Hebreos leemos una magnífica reflexión teológica sobre la esperanza que hemos de seguir manteniendo, para llegar al descanso de Dios¹⁸.

El cristiano no vive de sus propias esperanzas o desesperanzas, sino confiado en la promesa del Dios fiel, misericordioso y capaz de responder a las expectativas que el hombre abriga en su interior; especialmente, sustrayéndole a la muerte, perdonando su pecado y, sobre todo, dándole su propia vida divina. Espera el hombre entero como individuo religado a una comunidad, unido a su familia humana. Por ser solidario de toda la naturaleza y de toda la historia, el hombre espera en ellas y con ellas toda la creación. Pues, la esperanza es inseparable del amor solidario. Así lo hizo Jesús con todos los hombres, sin discriminación; por eso la esperanza solo es verdadera si es coesperanza y el sujeto de la esperanza es un «nosotros».

No somos islas encerradas en sí mismas, sino que somos partes del todo [...]; muchos son los carismas y estamos llamados a escucharnos mutuamente y a caminar juntos para descubrirlos y para discernir a qué nos llama el Espíritu para el bien de todos [...]; la llamada de Dios nos convierte en peregrinos de esperanza y constructores de paz¹⁹.

¹⁸ Heb 12.

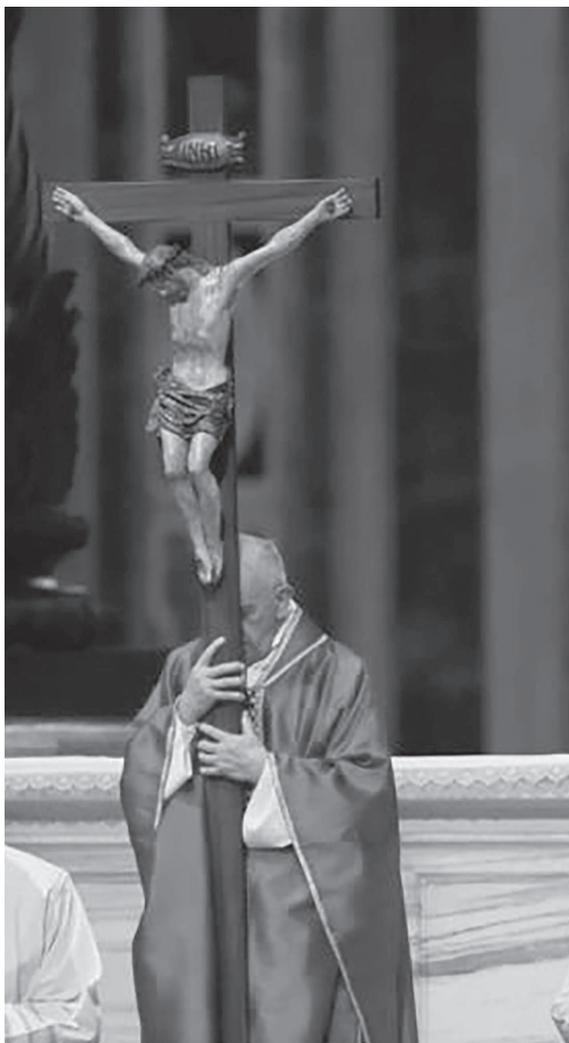
¹⁹ Papa FRANCISCO, Jornada de Oración por las Vocaciones, 19 de marzo de 2024.

La Iglesia marcha como pueblo en camino siguiendo a Jesús, que ya se ha adentrado en la meta, hacia la cual nos arrastra a todos tras de sí, brindándonos su ejemplo e intercesión. Dios es fiel y poderoso para cumplir su promesa y hemos de aguardar confiados. El hombre espera en comunidad, donde cada uno es corresponsable de los demás y así aguarda para los demás lo que desea y espera para sí mismo. Según su propia necesidad, debe estimar la necesidad de plenitud de su prójimo; por ello se afirma que la esperanza es posible radicalmente solo en comunidad y ella está siempre ligada a una comunión, aunque la vivamos de forma profunda, en nuestra intimidad. Cuando, por el contrario, el hombre se mueve por el mundo sin contar, sin pensar para nada en los demás, con una concentración absoluta en su propio yo, se acerca a la raíz de la desesperanza, del desamor y del vacío más profundo del ser: nada más ajeno a la esperanza que el resentimiento, la seriedad severa, la angustia perenne, la incapacidad para la alegría, que irremediamente desemboca en la amargura frente a uno mismo y en el desprecio del prójimo.

El talante del esperanzado es todo lo contrario, es fuente de alegría, de oración, perseverancia y paciencia. La esperanza se expresa en distancia ante lo pequeño y en atención a lo grande, es confianza y a la vez es insistencia, constancia y firmeza, es fuente de amor y servicio al prójimo. Porque la esperanza es un don del Espíritu Santo a la comunidad, a la Iglesia que es comunidad de creyentes, matriz de la esperanza y de la filiación divina, que nos ayuda en la fe desde los inicios de nuestra vida biológica, nos enseña a orar y a caminar, nos administra los sacramentos y es de justicia que también en ella la esperanza llegue a alcanzar un día la felicidad prometida.

Por lo tanto, la fe funda la esperanza, y el amor a lo largo de los años la va acrecentando; porque sin la fe y la caridad, la esperanza no podría perdurar, no podría subsistir ante las adversidades de la vida. Solo esperamos aquello en lo que creemos y solo confiamos en aquello que realmente amamos. Para los cristianos, este presentimiento, se hace fe firme en el encuentro con el Resucitado, al contemplar sus misterios que corroboran su vida, su mensaje a través de su Palabra y en las enseñanzas del magisterio de la Iglesia. Dios ha aceptado a los hombres desde un amor tan entrañablemente profundo que nos quiere encontrar por toda la eternidad en su Hijo Jesucristo, nuestro salvador.

SOR M.^a TERESA VILANOVA GONZÁLEZ
Monasterio de Santa Catalina de Siena
Paterna (Valencia)



«Jesús, te bendigo por las contemplativas y los contemplativos,
cuya oración, oculta al mundo, es agradable a ti.
Protege a la Iglesia y a la humanidad».

(Papa Francisco, viacrucis de 2024)

Catequesis del papa Francisco, sobre la oración de contemplación

(5 de mayo de 2021)

Queridos hermanos y hermanas:

Seguimos con las catequesis sobre la oración y en esta catequesis quisiera detenerme en la oración de contemplación.

La dimensión contemplativa del ser humano —que aún no es la oración contemplativa— es un poco como la «sal» de la vida: da sabor, da gusto a nuestros días. Se puede contemplar mirando el sol saliendo por la mañana, o los árboles que visten de verde la primavera; se puede contemplar escuchando música o el canto de los pájaros, leyendo un libro, delante de una obra de arte o esa obra maestra que es el rostro humano [...]. Carlo María Martini, enviado como obispo a Milán, tituló su primera carta pastoral *La dimensión contemplativa de la vida*: de hecho, quien vive en una gran ciudad, donde todo —podemos decir— es artificial, donde todo es funcional, corre el riesgo de perder la capacidad de contemplar. Contemplar no es en primer lugar una forma de hacer, sino que es una forma de ser: ser contemplativo.

Ser contemplativos no depende de los ojos, sino del corazón. Y aquí entra en juego la oración, como acto de fe y de amor, como «respiración» de nuestra relación con Dios. La oración purifica el corazón y, con eso, aclara también la mirada, permitiendo acoger la realidad desde otro punto de vista. El *Catecismo* describe esta transformación del corazón por parte de la oración citando un famoso testimonio del santo cura de Ars: «La oración contemplativa es mirada de fe, fijada en Jesús. “Yo lo miro y él me mira”, decía a su santo cura un campesino de Ars que oraba ante el Sagrario. [...] La luz de la mirada de Jesús ilumina los ojos de nuestro corazón; nos enseña a ver todo a la luz de su verdad y de su compasión por todos los hombres» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 2715). Todo nace de ahí: de un corazón que se siente mirado con amor. Entonces la realidad es contemplada con ojos diferentes.

«¡Yo lo miro, y él me mira!». Es así: en la contemplación amorosa, típica de la oración más íntima, no son necesarias muchas palabras: basta una mirada, basta con estar convencidos de que nuestra vida está rodeada de un amor grande y fiel del que nada nos podrá separar.

Jesús ha sido maestro de esta mirada. En su vida no han faltado nunca los tiempos, los espacios, los silencios, la comunión amorosa que permite a la existencia no ser devastada por las pruebas inevitables, sino custodiar intacta la belleza. Su secreto era la relación con el Padre celeste.

Pensemos en el suceso de la transfiguración. Los evangelios colocan este episodio en el momento crítico de la misión de Jesús, cuando crecen en torno a él la protesta y el rechazo. Incluso entre sus discípulos muchos no lo entienden y se van; uno de los Doce alberga pensamientos de traición. Jesús empieza a hablar abiertamente de los sufrimientos y de la muerte que le esperan en Jerusalén. En este contexto Jesús sube a lo alto del monte con Pedro, Santiago y Juan. Dice el Evangelio de Marcos: «Y se transfiguró delante de ellos, y sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, tanto que ningún batanero en la tierra sería capaz de blanquearlos de ese modo» (9,2-3). Precisamente en el momento en el que Jesús es incomprendido —se iban, lo dejaban solo porque no entendían—, y en este momento en que él es incomprendido, precisamente cuando todo parece ofuscarse en un torbellino de malentendidos, es ahí donde resplandece una luz divina. Es la luz del amor del Padre, que llena el corazón del Hijo y transfigura toda su persona.

Algunos maestros de espiritualidad del pasado han entendido la contemplación como opuesta a la acción, y han exaltado esas vocaciones que huyen del mundo y de sus problemas para dedicarse completamente a la oración. En realidad, en Jesucristo en su persona y en el Evangelio no hay contraposición entre contemplación y acción, no. En el Evangelio en Jesús no hay contradicción. Esta puede que provenga de la influencia de algún filósofo neoplatónico, pero seguramente se trata de un dualismo que no pertenece al mensaje cristiano.

Hay una única gran llamada en el Evangelio, y es la de seguir a Jesús por el camino del amor. Este es el ápice, es el centro de todo. En este sentido, caridad y contemplación son sinónimos, dicen lo mismo. San Juan de la Cruz sostenía que un pequeño acto de amor puro es más útil a la Iglesia que todas las demás obras juntas. Lo que nace de la oración y

no de la presunción de nuestro yo, lo que es purificado por la humildad, incluso si es acto de amor apartado y silencioso, es el milagro más grande que un cristiano pueda realizar. Y este es el camino de la oración de contemplación: ¡yo lo miro, él me mira! Este acto de amor en el diálogo silencioso con Jesús ha hecho mucho bien a la Iglesia.

ORACIÓN

Señor Jesús, al contemplar tu rostro, bello y desfigurado,
por el dolor de tantos hermanos,
aprendemos a decir: «¡Hágase tu voluntad!».

Tu rostro, como la aurora, nos anticipa la luz y la esperanza
de la nueva humanidad, entretejida de fraternidad y trigo entregado
en los surcos escondidos de tantas historias rotas,
que con sabor a silencio habitado, recrean y reparan.

Señor Jesús, que al contemplar tu rostro, nuestro corazón se transforme
en joven discípulo orante, buscador de tu voluntad y tus sueños.
En testigo humilde, del Dios que se vale de los pequeños
para acercarnos a tu misterio de amor y ternura.

Señor Jesús, aprender a contemplar tu rostro
nos compromete y nos obliga
a recibirlo todo de ti, y sobrecogidos y amados,
anunciar el torrente de misericordia
que brota de tu corazón.

Editorial EDICE
Conferencia Episcopal Española
Edificio «SEDES SAPIENTIAE»
C/ Manuel Uribe, 4 - 28033 Madrid
Tlf.: 91 171 73 99
edice@conferenciaepiscopal.es

Noverim me, noverim Te

